

CARTA CUARTA.



Estimado amigo:

Palmira es una ciudad del hermoso valle del Cauca. Su población asciende á trece mil habitantes y su clima, ardiente para algunos, me pareció agradable. Nada referí á U. del antagonismo comercial de Cartago y Pereira. Esta última, jurisdicción de Antioquia, ha aniquilado la prosperidad de la primera; y aunque Palmira y Cali se encuentren á pocas leguas de distancia, son partes en que no cabe rivalidad: Palmira es el granero de Cali. Su mercado es excelente y solo falta á la belleza de la población una iglesia catedral. Los esfuerzos del Sr. Aguilera, párroco del lugar, tienden á subsanar tan notoria omisión. No dudo que será secundado por la reconocida piedad de sus feligreses.

Poco me ocurre que contar á U. de las dos jornadas siguientes. El camino hasta Santander, si no satisface á un descontentadizo como el sabanero, no deja de ser bueno. Ningún peligro corre el transeunte, pues á más de ser concurridísimo, los postes del telégrafo le conducen á su destino. Lo único notable es la langosta, verdadero azote de Dios en estos parajes. Este animalillo, que se multiplica fatalmente, tala sementeras y predios; y el único recurso que oponen á sus estragos es abrir grandes zanjas y reducirla cuando se encuentra en estado de larva. Da lástima ver la roza de maíz, patrimonio del pobre campesino, invadida por tan funestos animales.

Pradera y Florida son los principales caseríos antes de llegar á Santander. Sus vecinos son gente hospitalaria y se advierte en ellos cierta tendencia á mejorar. En cuanto á la última de las ciudades mencionadas, si á primera vista parece muerta al tráfico, su abundancia de víveres es prodigiosa. A su mercado concurren los negros de las cercanías en busca del usual alimento, maíz y plátano, que cambian por oro en polvo recogido en las aguas vecinas. Causa risa mirar las caravanas de negros, envueltos en su baye-

ta azul, dirigirse al lugar de donde derivan todos sus bienes, fumando su tabaco, alegres y contentos.

En Santander,—antes Quilichao—como en casi todos los pueblos del Cauca, hay escuelas de ambos sexos. La autoridad del maestro toma grande incremento y es de alabar el celo de los que tratan de educar á los niños y de llevar alguna luz á su inteligencia. Aparte de la institución de Padres Lazaristas, cuya prudencia y tino en regentar seminarios es bien notoria, la de los Hermanos Cristianos y otros establecimientos laicos, prometen frutos opimos. Es de lamentar que no haya en el Cauca una escuela de Artes bien establecida: ningún campo más á propósito que este rico y extenso Departamento. Si á medida que la cultura intelectual se difunde, se descuida la parte más inmediata á la riqueza,—la industria,—el desequilibrio será funesto en lo porvenir. Muchos de los que frecuentan las escuelas y colegios, por carecer absolutamente de recursos ó de vocación, no pueden dedicarse á los estudios y tienen que buscar fuera de ellos las fuentes de su subsistencia.

Volviendo á Santander, es tradicional la fama de sus habitantes como hombres honrados. He oído referir que si algún comerciante se olvida de cerrar su tienda cuando se retira á descansar, podrá estar seguro de que su propiedad indefensa será respetada. Si es verdad esto, ya habremos vuelto á la época de aquel rey de Francia ó de Inglaterra en que se colgaba un zapato de las ramas de un árbol del camino sin que nadie se atreviese á mirarlo.

De Santander á Popayán el viajero tiene que seguir el empalagoso sistema de ascender y descender. A eso de las tres de la tarde se instala como huésped donde la *niña* Plácida Betancourt, como la llaman los lugareños,—y que de veras es tan niña que ya raya en los sesenta. Pero en cambio es tan sincera en sus obsequios que le hace perder á uno el recuerdo de las fatigas pasadas. Transcurridas veinticuatro horas tocaba á las puertas de Popayán; alabando al Cielo por darme á conocer la última de las capitales de nuestros departamentos del Meridión.

Si U. ha leído á Don Julio Arboleda ya tiene idea de lo que es esta última ciudad. No le haré grandes elogios de su aspecto exterior, que lo vetusto de los edificios como la escasa elegancia de ellos le impri-

men cierto carácter melancólico. Le confieso que solamente la iglesia de San Francisco, de antigua y hermosa construcción, tiene algún mérito artístico. No obstante, la vista de Popayán evoca tantos recuerdos, que el viajero la venera en medio de su decrepitud. Aquí abrieron sus ojos á la luz los Arboledas, el Sr. Mosquera, muerto en el destierro, y otros patricios ilustres: y todavía llora la Iglesia Colombiana uno de los más virtuosos hijos de Popayán. La Universidad, que regenta un joven de vasta ilustración, se desarrolla prodigiosamente y los seminarios, con otros institutos, contienen un número considerable de alumnos. U. convendrá conmigo en que el profesorado es la tarea más ingrata que pueda el hombre echarse áuestas; pero hay lugares en donde la juventud reconoce tanto el favor que se le dispensa, que alcanza á remunerar, en parte, la salud y el tiempo así sacrificados. El maestro sólo aspira, como recompensa á sus desvelos, al cariño del discípulo y á que le imite en derramar la luz por doquiera. Qué diferencia á los colegios de Bogotá que tienen al pobre institutor siempre en lucha con estudiantes rehacios y superficiales. Por supuesto, hechas las salvedades del caso.

La sede episcopal de esta ciudad la ocupa el ilustrísimo señor Ortiz, de grata recordación para los zipaquireños. Monseñor Ortiz goza de gran prestigio en su diócesis, que rige con celo y virtud. La falta de clero, especialmente en la región del Chocó, le atormenta demasiado: es hombre que quisiera rendir el último aliento por ver toda su grey gobernada por buenos y santos ministros de Jesucristo. Por lo demás, Monseñor Ortiz nada deja que desear como sacerdote inteligente y sabio.

Los alrededores del río Cauca, que baja por el Norte de Popayán, contentan al viajero de refinado sentimiento estético. Nada hay en ellos que aminore la belleza del paisaje: los arcos del puente con su atrevida curva; las aguas límpidas del río y la hermosa arboleda que circunda sus orillas; la sabana vecina que de tiempo en tiempo es el solaz de las familias veraniegas y de los escolares que vacan de sus estudios, todo conspira á rehabilitar la salud y á llenar el alma de un gozo inexplicable. Hubiera deseado tenerle conmigo para hacerle partícipe del delicioso baño del río Cauca. Algún día visitará U. estas regiones y hará un beneficio

á la ciencia con el examen de los ácidos que andan disueltos en el afluente del Magdalena.

La vida en Popayán si es menos tirante en cuanto á las exigencias de la moda de lo que es en Bogotá, no es menos cara. Escasamente come uno con diez reales diarios; sólo que en la capital amontonan á los pasajeros en las fondas de menor cuantía, cuando en Popayán cada uno puede darse en su cuarto una buena disciplina sin pecar de fariseo. Le advierto á U. que si viaja por estos lugares debe traer lo más cerca posible su colchón y adherentes: no conseguirá U., á ningún precio, un cobertor que le defienda del frío. Noto asimismo, con gran desconsuelo, que la sintaxis del habla caucana se aproxima más á la española que la nuestra. El pueblo cundinamarqués y el boyacense está tan á oscuras en materia de lenguaje, que diera argumento á un centenar de *Apuntaciones críticas*. No dudo que hay en el Cauca provincialismos muy exagerados y que requieren á veces diccionario; pero el conjunto del idioma, en lo referente á construcción y régimen, presenta una fisonomía más regular y más castiza.

Con un leve descanso en Popayán me dirigí á Pasto. El camino de El Patía es muy corto; la falta de recursos, el clima y la mala índole de los negros que habitan esta vasta región, me hicieron preferir, no obstante, la vía de los pueblos, aunque más larga. Timbío fué el primer villorrio que encontré después de Popayán. Sus aguas y suave clima son reputados como los mejores á la salud. Su temperatura media es de 20 del centígrado y sus pobladores gozan de reputación como soldados valerosos. El párroco del lugar es el Dr. Manuel María Malo, uno de los clérigos más abnegados que he conocido.

La Vega, pequeña aldea primorosamente situada, fué en tiempos anteriores rico venero de oro. Hoy quieren continuarse las interrumpidas labores de minería. A cinco horas de La Vega está Almaguer, de triste aspecto por las nieblas que la envuelven. No recuerdo cuál de los monarcas españoles le dió el título de *muy noble, ilustre y leal ciudad de Almaguer*. Fundáronla en 1538 Guzmán y Fuenmayor, de orden de Belalcázar. Duerma sobre sus laureles la blasonada por el rey católico!

En La Cruz, á dos días de Almaguer, comencé

á sentir los efectos de nuestra moneda; nuestros billetes nacionales tienen un descuento del veinte por ciento. La única moneda en giro es la plata de 0,835. Por lo demás, el número de pobladores y vecinos asciende á siete mil. A pocos pasos de Buesaco, población limítrofe con La Cruz, se empeñó la batalla del mismo nombre entre las fuerzas de Arboleda y del General Franco.

Voy á llegar á Pasto y quiero hablarle de ella en carta especial.

CARTA QUINTA.

Recordado amigo:

No me creará U. que Pasto es una de las provincias más ricas de Colombia. ¡Qué abundancia de víveres, amigo mío! A su mercado concurre lo que uno pueda desear: harinas de superior calidad, carne de exquisito sabor, maíz, papas, arroz y frutas de zonas distintas; todo á un precio que pasa de exiguo. Fíjese que, en tiempos de escasez, la arroba de excelente harina no vale más de diez reales; la de papas, cuatro reales; la de carne diez y seis; y así de todo lo demás. Lo único caro es la sal. Aquellos trozos, blancos como la nieve, que ya los da la naturaleza ó los elabora el arte, y que son principal artículo en la industria zipaquireña, sería inútil buscarlos aquí. De algunas aguas saladas, por el procedimiento de la ebullición, se extraen pequeñas cantidades. No sé si la concesión hecha á Mr. Luster por el Gobierno, para explorar las minas de sal gema en la región de El Patía, está fundada en algún descubrimiento real. Si así fuera, nada habría negado la Providencia á la felicidad de los pastusos.

La temperatura media de Pasto es de 13°. En el verano el frío es insoportable y el viento sepla de todas partes. La ciudad es bastante grande y el número de habitantes oscila entre diez y siete y diez y nueve mil. Edificada al pie del volcán del mismo nom-

bre, el conjunto de sus casas y campos impresiona favorablemente al viajero. El seminario mayor, inconcluso aún, el hospital de caridad y la casa de los Padres de San Felipe son edificios que llaman la atención. Aunque la producción supere al consumo, y sea ésta la causa de la aparente pobreza de Pasto, la industria ha mejorado. Los molinos, con maquinaria traída de Europa, muelen al día cuarenta quintales de trigo, por término medio; compare U. esto con nuestros rutinarios sistemas de la sabana. Ultimamente se ha establecido una fábrica de cigarros que no ceden, ni en aroma, ni en calidad, á los de Cuba. Sepan agradecerle los pastusos al Sr. Pardo las nuevas vías que abre á la riqueza.

Pasto es ciudad de movimiento literario. El Colegio de Padres Jesuitas, la Congregación de San Felipe, el Colegio Nacional y las escuelas públicas han preparado este movimiento. Creo, no obstante, que las tierras excesivamente frías como ésta, con otras causas endémicas que no es del caso enumerar, están destinadas á completa esterilidad. Dios quiera que no sea así y que la instrucción y el periodismo salgan adelante.

Pero si el Cielo ha dotado tan generosamente á Pasto, mucho tienen que andar sus hijos para llamarse felices. Cuando el demonio le asalte con la tentación de viajar por el sur de la República, cuidado si pasea antes de almuerzo, ó después de la cinco de la tarde, las calles de la ciudad. Tendría que exclamar con Sancho: *huele y no á amber*. Tal es el desaseo que se nota por todas partes. Ocasiona esto el vivir la mayoría de la población en pequeñas habitaciones sin interior alguno. Fuera de esto, el vestido de las mujeres no tiene nada de elegante: las de la clase ínfima hasta las *ñapangas y bolsiconas* usan un follado de bayeta, encima del pañolón. Vaya U. á encontrar cosa más original.

Cuanto á la índole del pastuso, es esencialmente guerrera. Nuestros anales registran numerosos hechos de armas en que el pastuso siempre ha sido adversario temible. En la magna obra de emancipación los caudillos independientes luchaban con él á brazo partido. Hijos de Colombia, la miraban como odiosa madrastra. Por eso, aunque el fallo de la Historia haya levantado á Sucre á la categoría de los hé-

roes, y sus soldados y amigos le hayan amado como bueno, los pastusos le odian con toda la fiereza de su corazón. Se me antoja que Pasto debería pedir su anexión á los Estados Unidos.

Solamente el rigor del invierno me obligó á permanecer en Pasto durante ocho días. Demás de las dificultades antedichas, eran insufribles para mí las exigencias del comercio cuanto á la moneda. Si está recientemente acuñada; si cedió al deterioro de los años; si tiene, en fin, un puntito que no venga del molde, U. se morirá de hambre en medio de la opulencia. Pero dejemos en paz á ésta de quien cantó Julio Arboleda:

Y duerme el león en la escarpada Pasto
Tranquilamente y de su salva dueño;
Ay! del que turbe su imponente sueño
Que de sus garras víctima será.

Túquerres é Ipiiales son poblaciones las últimas de Colombia. El Guáitara, que corre entre Pasto y la primera, baña una de las regiones más ricas del sur. Los hermosos campos que tenía delante trajéronme el recuerdo de mis prados zipaquireños: olor á primavera; rosas de púrpura; verdor en la campiña! cuánto me hacéis pensar en la tierra donde abrí los ojos á la luz! Cuando yo vuelva, si una huesa extranjera no me hubiere recogido, estad, como siempre, verdes y floridos.

En Túquerres se ceban innumerables ganados. La tierra, aparte de su fecundidad para los pastos, es propicia á todo cultivo y el clima, con ser muy frío, es sano y agradable. No imitaría el arte con más primor los colores de las tuquerreñas.

A una hora de Ipiiales se encuentra el santuario de Las Lajas, hermoso monumento tallado en la piedra de la roca y á donde acuden centenares de devotos á pedir á la Santísima Virgen el alivio de sus necesidades.

Lleno de recuerdos y dejando atrás los Andes colombianos, atravesaba el río Carehi y saludaba la bandera de mi patria con toda la ofusión de mi alma.

CARTA SEXTA.

Recordado amigo:

Estoy ya en la hermana República del Ecuador. Otra lengua, otras costumbres me convencieron que pisaba suelo extraño. No quiero significar que el idioma español no sea común á colombianos y ecuatorianos. Refiérome tan sólo á los accidentes ortológicos que distinguen nuestra habla de la de esta comarca. A juicio de los doctos ha habido cierta atracción de la lengua de Castilla hacia el dialecto indígena; cosa apenas perceptible, si he de dar crédito á mis propias observaciones. Es tan natural esta diferencia que afecta la parte elemental de la gramática como lo son el carácter y la índole de cada pueblo. El hijo del norte en nuestra patria reviste su pensamiento de una rara entonación, signo de altivez y franqueza. Bástame oír hablar á un antioqueño para saber que es del suelo de los inteligentes; mientras la ortología del tolimense es muestra inequívoca de la leutitud de su ingenio. Pero dejemos estas digresiones que me ponen en aprietos y le roban el tiempo á U.

Si he de decir verdad, soy más colombiano en el Ecuador que en Pasto. Ya no veré más indios del Caquetá que van al mercado como van por las selvas, sin sombrero y casi desnudos; ni al interrogar á cualquier hijo de vecino me responde con el consabido *sí pues*. Objetaránme los pastusos que la plebe de allá no sabe más del *pasque*. Hablando *en plata*, amigo mío, la tal expresión, originada de los plebeyos del centro, es una forma elíptica del *parece que*. Dígame U. si la Academia no debería dar el *pase* á tan hermosa figura gramatical.

En el Ecuador han labrado su fortuna muchedumbre de colombianos; demostración evidente de que mucho se nos estima. La colonia de compatriotas existente en Guayaquil y los capitales que han acumulado abonan nuestra afición al trabajo y la espontaneidad de los naturales para con sus vecinos hermanos. Lástima grande que los productos ecuatorianos

no estén favorecidos por un tratado de comercio recíproco entre las dos repúblicas.

Ibarra es la primera ciudad importante del Ecuador. No hace un cuarto de siglo destruyó gran parte de sus edificios un horroroso cataclismo que dejó en toda la provincia de Imbabura vestigios indelebles. Aquellas rocas ígneas, con su color rojizo, denuncian al viajero la catástrofe de 1868. La sede episcopal la ocupa Monseñor González, prelado de ejemplares virtudes; y el seminario y las iglesias, en general, atestiguan el refinado gusto arquitectónico de los ecuatorianos. Hasta el lago vecino da mayor realce á la pintoresca situación de Ibarra.

Otavalo, ciudad igualmente importante, está edificada á pocas leguas de Ibarra. Los *ponchos*,—que allá bautizamos con el nombre de *ruanas*,—tienen tan exiguo precio, que el más indigente puede comprarse uno. U. recordará que este inútil mueble, que no es sino la capa en su primera evolución, es el adorno favorito de nuestro populacho. La tela con que se fabrica en Guasca es digna de mejor suerte.

Saliendo de Otavalo comencé mi ascensión al páramo de *Mojanda*, una de las más difíciles jornadas que he tenido en mi viaje. Aparte de la crudeza del invierno que dificultaba el tránsito por el camino nacional, la oscuridad de la noche, la poca versación de mi paje como guía y la falta de recursos,—en seis leguas no se encuentra una miserable cabaña,—hiciéronme acordar de la comodidad de nuestras excursiones por la sabana de Bogotá. Hay grande diferencia entre viajar por la cumbre de los Andes y en una ligera berlina.

Olvidaba decir á U. que la vida es excesivamente barata en esta parte del Ecuador. Hasta Quito, con un suere al día,—diez reales en plata de nuestra moneda,—llevará U. las ventajas de un príncipe. Es verdad que estas regiones del centro no tienen una fuente de riqueza que las haga opulentas. No tienen, como Zipaquirá, minas de sal gema, ni un sistema industrial desarrollado; pero concretándome al punto de mi comparación, un salario de cinco sueres en Quito representa cincuenta pesos en Bogotá. Tanta es la diferencia cuanto á los ingentes gastos que requiere la permanencia en la capital de Colombia. Conversando con algunas damas quiteñas me han asegurado

que sería locura irse á Bogotá, cuando con menos tiempo y menos costo, se podría llevar á cabo un viaje á los Estados Unidos.

En mi próxima le hablaré de Quito y de los personajes con quienes he cultivado relaciones.

CARTA SEPTIMA.

Recordado amigo:

Cerca del Pichincha, sobre un plano inclinado, se alza la ciudad de Quito. Su población es de sesenta mil almas, poco más ó menos, y su clima de 15°, por término medio. Está á 2.350 metros sobre el nivel del mar. Las calles de Quito, si no muy rectas, son elegantes y adornadas de hermosos edificios. El palacio arzobispal, el de gobierno, la iglesia catedral y la uniforme galería de la acera vecina constituyen el ornamento de la plaza principal. Si el bogotano, como patriota, hecha menos su ciudad natal, encuentra como viajero íntimos puntos de contacto entre las capitales de las dos repúblicas limítrofes. La pulcritud en el vestir, el *esprit* del salón y el sentimiento piadoso que se advierte por doquiera, he aquí el lazo que une á Quito y Bogotá.

El orden arquitectónico de los templos supera en gracia y sencillez á los de Bogotá. La iglesia de los Padres Jesuitas con su vaporosa elegante decoración y la inaudita labor de la fachada; la iglesia y el convento de San Francisco donde no sabe uno qué admirar más si la solidez ó la hermosura; la de Santa Clara con su cúpula elíptica de gran mérito y la iglesia de santo Domingo, no tienen rivales en la capital de Colombia.

El Observatorio astronómico, muy diferente de ese torreón del mismo nombre que bien pudiera desaparecer sin que la ciencia le llorara; el Protectorado, que acude á los niños menesterosos con *pan, trabajo y paraíso*; las escuelas de los Hermanos Cristianos que,

gracias á Dios, conocemos ya en Colombia; los seminarios mayor y menor regentados por Padres Lazaristas; el Hospital de caridad y el Panóptico, son cosas que hablan muy alto en favor de esta antiquísima ciudad.

No exagero diciéndole que el plan de estudios puede compararse con el de Bogotá. Aquí el abogado necesita seis años para cursar las Ciencias políticas y el Derecho; el médico ha menester gran constancia en la enseñanza de Galeno, y el literato, aparte de las cosas antiguas, se inicia en la nova literatura. Aquí la juventud no se prostituye en Büchner y Vogt; aquí no escalan la cátedra cirujanos con ribetes de filósofo; aquí no se adultera á Spencer, ni se hace de la Biología, ciencia muy noble, arma favorita de demagogos y malvados. Todo obedece en Quito á una tradición constante y á un fin determinado. La purísima leche católica es la nodriza de la parte más noble de la sociedad: la juventud.

La educación de la mujer nada deja que desear. Además de los innumerables institutos establecidos con tal fin, la enseñanza sólidamente cristiana que se da al bello sexo y la erudición artística con que se le dota, establece una diferencia esencial con la educación bogotana. Las quiteñas reciben en este noviciado que se llama colegio la preparación para las luchas de la vida. Forman su corazón aunque no extiendan demasiado el círculo de sus conocimientos. Los colegios de los Corazones, la Providencia y el Buen Pastor, regidos por europeas, preparan con sus recomendables métodos pedagógicos una lucida juventud.

Omito hablar á U. de las altas dignidades de esta Nación. Obediente al Espíritu Santo, prefiero elogiar á los hombres cuando estén en la tumba; pero sería injusto, y sobre manera injusto, pasar en silencio los nombres de algunos colombianos que forman aquí la colonia de mi patria. El Sr. Urrutia, Ministro de Colombia, es un caballero de altas prendas y que ha sabido grangearse, como su estimable familia, el cariño de los que le tratan; Ulpiano Riascos, de varia y amena erudición; el Dr. José Ignacio Delgado tan ilustrado como excelente amigo; D. Ramón Calvo, de acendrada caridad; el Sr. Peña, el autor de la incomparable elegía á la memoria de Ortiz Barrera y que ha levantado su lira á suprema altitud con sus inspirados cantos,

y otros muchos compatriotas que enaltecen la dignidad de Colombia (*).

Aquí está, amigo mío, la relación, si bien deficiente, de mi viaje. El recuerdo persistente del *adiós* á mi madre impidióme escribir algo más grato á U. ¡Es tan intenso el amor que profeso á los míos! Dentro de pocos días me marcharé de Quito: cuando vuelva á mi Colombia tendrá U., como siempre, el abrazo y la amistad de su sincero amigo,

Roberto VELEZ TRIANA.



[*] Por no ofender su modestia callo los nombres de los sacerdotes colombianos existentes en el Ecuador.

FE DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIRSE
15	34	volcán del mismo nombre,	volcán de Galera,